

EPÍLOGO

NO NOS HA IDO muy bien en estos últimos años. Ya no nos asoleamos en ilusiones sobre un fácil progreso rectilíneo. El “milagro mexicano” pertenece ya definitivamente a la historia. El endeudamiento y una fijación artificial de la relación peso-dólar habían pospuesto por algún tiempo nuestra confrontación con la realidad, y ahora nos damos cuenta que necesitamos más organización, planeación más eficaz, sentido común, austeridad, menos crítica de la política ajena, ayuda del exterior y serias transformaciones legales, realmente trasladadas del “Diario Oficial” hacia la realidad tridimensional. En esta difícil fase, en la que hemos entrado desde el comienzo de nuestra inflación, y muy claramente desde el otoño de 1983, más que nunca conviene estudiar, además de la realidad propia, las experiencias ajenas.

En relación con éstas: la inercia es un factor considerable, tanto en la vida individual como en la colectiva (inclusive tiene ciertas funciones positivas); pero nunca debe formar un obstáculo, en esta nueva fase de nuestra evolución social, para decir que nuestra idiosincrasia nos impida inspirarnos en modelos ajenos, algo que, como vimos, el Japón nunca ha dicho: al contrario, con cierta alegría siempre se ha lanzado a la imitación selectiva de lo ajeno, sin darse de antemano por derrotado por restricciones posiblemente inherentes a su idiosincrasia tan pronunciada. Si durante el camino a veces se dio cuenta de la necesidad de cambios en su política imitadora (¡recuérdese la reelaboración del derecho japonés en la fase Meiji con, por ejemplo, los vaivenes de la creación del nuevo derecho civil!), se hizo luego lo que pareció necesario; pero la primera reacción siempre fue “si algo ha dado buen resultado en otra parte, ¡a ver qué resultado dará aquí!”. Es nuestro propio medio, el argumento, tantas veces presentado, de que ciertas instituciones pueden ser útiles en otro país, pero no convendrían para México, a menudo no

es más que un subterfugio para la inercia o para el interés creado, que impide mejorar la estructura (financiera, académica y disciplinaria) de nuestras universidades, diversificar nuestra vida democrática, combatir la corrupción administrativa y judicial, desinflar nuestra burocracia, acostumar al obrero a la simple verdad de que su derecho al salario nazca de una tarea competentemente cumplida, desacostumar al empresario a recurrir a la influencia política para remediar sus errores, y otras modificaciones que tanto necesitamos.

También debemos evitar aquel otro subterfugio de la inercia, que busca ciertos aspectos negativos en la experiencia ajena, para tener un pretexto de no cambiar la propia realidad. Los éxitos del Japón en el campo de la justicia social no quedan aniquilados por una fotografía de alguna vieja mujer pobre en las montañas de Kiushu; y la erradicación del analfabetismo en aquel país sigue siendo "total", aunque uno pueda encontrar a algún anciano que sigue desesperándose ante los 1 850 signos con los que trabajan los periódicos japoneses. Tales hechos no deben darnos el argumento de "sigamos como vamos: otros tampoco han logrado arreglar sus problemas...".

No, en la intensificación del contacto entre las dos culturas, la japonesa y la mexicana, debemos buscar, además de satisfacción intelectual y estética, un estímulo para la autocrítica y para una experimentación nueva, en la que se mezcle lo que podamos aprender de la vivencia ajena, con nuestra creatividad propia. Perfeccionemos aquella técnica de la imitación selectiva y adaptadora que el Japón domina tan admirablemente.

